

Muéstrame mis estrías
en una abstracta pintura,
asalta mis lúgubres días
con más fracciones de locura,
pero por favor...
no me lleves al espejo.

Proyecta mis mayores pesadillas
en cada rostro que me atreviese;
aumenta el ácido que hoy cristaliza
las articulaciones que me componen,

pero por favor...
no me lleves al espejo.

Sustraer el poco amor
que resta en la bóveda
donde guardaba antes dolor;
reformada, casi nueva,

pero por favor...
no me lleves al espejo.

Extirpa mi voz, llévate mi cabello,
abstrae mis necios pensamientos;
succiona lo que veo y siento,
apaga cada uno de mis sueños;
pero por favor...

no me lleves al espejo.

Por favor,
por lo que más quieras,
ruego hoy:

Hay cierta atención que nunca pude saciar;
no sé de quién la esperaba,
por qué la necesitaba;
su origen o desembocadura,
tamaño o forma,
ni mucho menos, su importancia.

¿Será mi ego?, ¿mi deseo de sobresalir?
Tal vez es mi cerebro, intentando resarcir
lo que algún día, por humor confundí.

Espero que no crezca;
que me deje en paz
cuando la soledad
arrope mi existencia.
¿Qué haré con tal vacío?,
pues incinerarle no puedo,
relegar, mucho menos,
pero necesito removerlo,
aunque corrompa mis adentros.

Abate mis placas aquel pulso,
que se activa ante el impulso
de ridiculizarme;
estadía obtuvo el intruso
y soporto yo los sismos
que nuestro choque produce.

Prodiga aquel agujero negro
habitando entre mis órganos,
demandando sucios ojos;
expandiéndose y absorbiendo
orgullos y despojos.

¿Romperé esta maldición?,
¿podrá mi ego acomodarse?
Y si de ella no puedo deshacerme,
¿podré guardarla donde nadie alcance?

No me gusta ser percibido,
la mirada contrapuesta
desenvuelve pensamientos,

que me recuerdan

los curvajes derretidos,
que sin suelo, desembarcan
en la acumulación de órganos
que esconden la quilla y sobrequilla,
pero hasta la cubierta no han llegado.

El ojo no traspasa carne,
ni la boca perdona tentación;
mucho menos cuando el hambre
fue refugio ante mi descomposición.

Todo lo que se revolvía
dentro de mí,
ocasionalmente me distraía
de lo hiriente y vil.

Mis cuatro muros
eran delgados,

mis cuatro muros
fueron penetrados:

con palabras, miradas,
acciones perpetradas
por ignorantes sin certeza;

infantes que replicaban
lo que por ojo habían aprendido;
todo lo que en ellos configuraban
tenía sentido,
pero no lo que
en mí veían.

(Sobresaltar por tu ligereza de ser,
resaltar por lo que amaste comer;
enfrentar sus falacias con nobleza,
logrando sólo atraer más violencia).

El primer humano que atacué con intención,
ni de su nombre puedo hacer mención,
pero recuerdo su rostro al pedirme un borrador,
cuando mi puño su estómago alcanzó;

no trajo satisfacción a mi culpable cuerpo,
pero trajo quietud en el derredor.

Mis mecanismos de defensa
pronto cayeron,
sin prisa alguna;
vivía yo al desnudo e ignoraba
las palabras que cortaron toda corteza;

no quería volver a explotar,
no sabía cómo regular mi fuerza
y una reacción sería fatal,
si no sabía cuándo detenerla.

Soñaba con sus muertes,
me deleitaba en sus derrotas;
conforme se agotaba su suerte,
regocijo acogía mi corona.

Poco a poco, toda amenaza
se desmoronaba ante mis ojos,
como respuesta a

-o eso en mi fe considero-

la unión de palmas,
que en susurro y esmero,
buscaban capa y espada.

Su presencia se desvaneció
pero nada se llevó el miedo;

el deseo de encajar creció
y quien era yo, cayó en olvido.

Recuperé aquellos ojos,
después de cortar los hilos
que me ataban al pasado;
pero mi visión quedó en vilo.

Aún veo la vida a color,
a través de lentes grisáceos,
con defectos de forma y función
pero con los nervios intactos.

La tenacidad de la mirada fugaz:

me dice que hoy peso más,

me encoge y esconde, al raz

de lo que no seré jamás.

La huésped vista, cruel y tenaz:

extirpa

(sin piedad)

lo que arrastro atrás

-fuente de mi paz-

y le pregunta al amor: ¿ya te vas?

Veo insoportable la posibilidad de obtener
lo que siempre he deseado;
no estoy calificado, aunque anhele creer
lo que me ha sido sembrado:

no eres,

no eres,

no eres;

pero tal vez,

sepas.

Algún día lo creí, sin cuestionar,
¿por qué me mentirían?

Descubrí luego que detrás del amor
existe un fogaje donde sólo se ve luz,
donde se recubren las grietas del error;
vive uno bajo el sobrecogedor almud,
creyendo ser el mismísimo sol.

Descubierto ante sus rayos,
que caen como candongas,
multiplicándose cual eco,
cual roca al lago y en sombras,
con vergüenza me repliego.

¿Soy?

Aún me lo cuestiono;
pero tanto lo alimenté,
que pecado sembré

y hoy, aún huyendo, recojo..

Rugir es un privilegio reservado
para ciertos depredadores;

pero fui blando al diente
cuando la cadena demandó
que desempeñara mi papel.

Nunca, aunque quise, pude roer

o siquiera contraatacar;

intenté con mi lengua corroer,
mas sólo logré rozar su calcañar.

La violencia me fue arrancada
cual abundante maleza,

no tuve la opción de escogerla
o invocarla ante fiereza.

Rebosa mi represa con furia,
redirijo su chispa hacia mi boca,
arrojo saetas con mi lengua
hasta que me sobrecoge la culpa.

¿En qué me he convertido?

Escondo mi rugido entre la maleza.

Corto mi figura cual tela,
reúno los retazos de grasa
por los que aún se desvela
mi madre, cuando amasa,
con sus ojos, la gran novela
que se desenvolvía en casa:

Gran tentación en la alacena,
ante los ojos de cualquier infante;
un cuerpo culpable, buscando alimentarse;
muecas grabadas por la condena
que contenía su mirada:

medida con precisión
y preocupada por las pasadas
pisadas que recorría yo.

Huellas en el suelo

Huellas en mi boca

Huellas en mi cuerpo

Huellas que no se borran

Siento un dolor muy cerca al esternón
cuando violentas tu cuerpo:
con tu cruel vista, ansiosas manos,
los vestigios humanos
en tu sarcasmo.

Resientes los pasos que dejaron marca
en el horizonte sagrado
de tu flaca suerte.

Rechazas los escombros de tu casa,
que has fajado
por el trágico accidente.

Remueves los pines en tu mapa,
que habías inyectado
en tu pasado presente.

¿Por qué te odias?
¿No soy yo tu reflejo?

¿Los rizos, que en sus ondas,
realzaron mi aspecto,

los lunares, que dormitan
en tangentes rojas,

pero adornan
tus labios gruesos?

¿Por qué me enseñas
tus insulares trechos?

Quieres que camine erguido,
el estómago sumiendo,

¿será eso suficiente
para darte contento?

¿Qué debo hacer para que te ames?

Arrancaría mis ojos para reemplazar los tuyos,
susurraría cantos en tu sueño, cual murmullo
de las olas, conjurando salmos al Dios cuyos
perfectos dedos dieron forma al tímido orgullo

que ellas traen,
que ellas llevan,
que ellas recogen.

Lucharía con tus pensamientos, hasta vencer
lo que te enseñaron y asumiste como verdad;
contendería con aquel que te obligó a ver
la transformación de la belleza como maldad

que la edad trae,
que la edad lleva,
que la edad recoge.

Me osaría a callar tus labios, que cruelmente,
conjeturan irrisorias distorsiones y juras,
son convenientes a emisor o remitente;
causantes de desórdenes y locuras

que muchos traen,
que muchos llevan,
que muchos recogen.

Acariciaría con delicadeza tus estrías,
hasta que veas impasto y no grieta;
abrazaría la cobardía que en ti oscila,
cuando desnuda admiras tu silueta

que amor trae,
que amor lleva,
que amor recoge.

Mentiría al decir que tu reflejo está intacto;
la vejez, sigilosa, se está acercando.
Necesitaría más que versos para airearlo,
pero tu belleza solo está realzando

que tú traes,
que tú llevas,
que tú recoges,

que tú floreces.

La línea que rodea tus pupilas
resalta la redondez de tu belleza,
si dilatas lo que de ti transpira,
empañarás la piel de tu pureza.

No hay mayor verdad
que tu naturaleza,
no hay deformidad
en lo que expresa

la creación

que por ti comienza.

Perdón por ignorarte,
pero de lado debo ponerte,
si aspiro encontrarme.

Perdón, pero me distanciaré
(no físicamente),
pues volaré consciente
(de lo que permitiré).

Perdón por perdonarme,
pero veo malo tu rifirrafe
con mi figura inermable.

Perdón, pero ya te perdoné
(no verbalmente),
pues no es vida odiarte
(siempre te amaré)

Aunque duela amarte.

La alcahueta boca, endeble y mentirosa:

alaba e infla las ínfulas

de suficiencia, hueca y vanidosa,

que en vez de llenarme, me aíslan.

La seductora propuesta,
verborrea escurriendo de su jeta:

convierte letra en ídola,

exalta falsamente y sujeta

el alma, como porcelana, becerra y frívola

Me acosan las alabanzas
de un pueblo idólatra,
que ocupa un lugar
en mi mente.

Me repugnan las corazas,
que en incógnita
veneración, impiden entrar
la humildad insistente.

Son todos vanidad:
los cumplidos,
los sueños,
los logros.

Los diplomas, los reconocimientos,
las fotos en la pared, las memorias,
las medallas colgando de tu cuello.

Todo, todo es vanidad:
lo injusto,
lo artista,
lo humano.

Lo violento, lo egoísta, lo parco,
lo perdido, lo simplista, lo olvidado,
lo incierto, lo arribista, lo tirano.

Todo... lo es todo.

Hay falsas necesidades hirviendo bajo el gran órgano. Satisfecho estoy cuando sus glóbulos propago; intento con diálisis removerlas, pero sus toxinas ya están adheridas, aún vaciando mis venas, sus garras a mis huesos se han aferrado. Falsas, insistentes y alienantes necesidades; me arrastran cual presa en camino a ser compartida. Aún sin los medios, sin su mera presencia en mis manos, vuelven huracánicas a mi cabeza; conozco yo su naturaleza, pero suficiente han hurgado para saber que soy una simple ola: a merced de cualquier viento, disuelta por el paso de una simple canoa, doliente de cualquier puerto. Doblegado ante sus pseudo verdades, me absorben las obscenas necesidades, fruto del mal manejo de la tierra; cualquier cultivo hubiera dado en abundancia, pero sembré yo hiedra. Sin asistencia para su reproducción, ha invadido cada pared de mi mente y aún no alcanza mi corazón, pero temo su forte. Su invasión podría ser el fin de mi norte. Su posición acorralaría mis apremiantes necesidades, relegándolas a "lo que fue verdad", pero nunca indispensable. Lucharé entonces con su fuente, tal vez así las desarraigue; y si son más fuertes, quemaré mis adentros hasta que la llama les alcance.

Mengüo

(*Quiero querer*)

(No sé)

Mengüo

(Bis)

Mengüo

(lo siento)

Mengüo

(lo intento)

Mengüo (perdón)

Mengüo

Y
o

p
u
e
d
o

Silencio.

En mi patética búsqueda
del inalcanzable y flácido deseo,
aprendí que uno pierde vergüenza
en pos de un cumplido nuevo;
aprendí que el poder es una espada:
útil en mano de instruido,
inepta ante cañón, bala o flecha;
hermosa grandeza sin sentido.

Aprendí que el que se humilla
por el deseo, no es enaltecido.
En la ley del apetito, quien brilla
es quien fielmente ha sujetado
su cabello con la vieja horquilla;
en su vil culpa se verá enredado.

Deseo: tenue alarido de la lujuria,
apremiante aullido de la gula,
ilimitado expendedor de la avaricia,
motivo desgarrador de mi justicia.

Anhelo huir de su presencia,
anhelo someter su indulgencia.

¿Cuándo desearé no anhelar mi dolencia?

Lo único que quería era
un amigo.

¿Te fastidié?

¿Ahogué tu interés

en intensos chistes,
incómodo tacto,
historias tristes,
constante contacto?

¿La cagué?

¿Conté un secreto

que compartiste
sólo conmigo
y me pediste
solemne callarlo?

Sigo intentándolo.

Lo único que quiero
es ser aceptado.

He pretendido saberlo,
regodeado en conocerlo;
completamente ignorante
del objeto de estudio.

He vehemente afirmado,
ciego ante contextos,
asumiendo ser confiable
por mi amplio intelecto.

He discutido, convencido
de estar en lo correcto,
porque vagamente
oí a alguien defenderlo.

Y claro, ¿quién más
pudiera saberlo?
¡Por favor!, nadie más
podría hacerlo.

Gran miseria es la que acarreo:

no conozco, pero así lo pretendo;
me amargo por mi angosto hemisferio.
Cuán lejos estaba el féretro del suelo;
cruel fue caer, peor fue el entierro.

Conduelo mis sabuesos:

bien cuidados, poco agradecidos;
aborrezco sus largos besos,
amarraré sus huesos en el olvido.

¿Y si los violento?

¿Quién ahuyentará mis intrusos?

¿Y si los duermo?

¿Quién ceñirá mis lomos?

Tal vez los necesito.

No sé qué hacer con el rechazo,
pues hay quien busca escuela,
pero yo cruzo mis brazos;
no veo enseñanza en su herida.

¿Qué pasa si quiero seguir
arriesgando el pecho
chupando frío, sin cubrir
mi piel con miedo?

¿Y si mi vergüenza
capta que quien suelta,
es quien profesa
la libertad más sincera?

¿Y si mi cabeza
ostenta el fracaso
como el que coquetea:
errante pero enfocado?

Acostumbrado estoy
a su ronroneo,
le acaricio, reacio
a su baboso siseo;
rompo en llanto
ante su ladrido,
obtuso me expongo
al rugir de su nido.

Son sus polluelos
armonías en mi canto,
son sus frutos,
miríada de asaltos;
que por insensato
yo me he ganado.

Así que camino, enajenado
de lo que no debí buscar;
confundido, pues lo arado
pero vacío, pudo marchitar.

.
Pensé ser indestructible,
estar exento por tenerte;
pensé heredar la suerte,
estar absuelto de verle.

Pensé probar de la fuente,
ahondé sin entenderle;
pensé controlar el volante,
si acaso me senté al frente;

pensé no necesitarte,
a nadie pude gritarle.

Dura cosa me fue dar
coces contra el aguijón.

Aún lo estoy pagando.

Aún lo estoy pagando.
Aún lo estoy pagando.
Aún lo estoy pagando.
Aún lo estoy pagando.

Permíteme usar tu amor:
como el que yelma la espada,
como el que levanta un arma,
como el que arroja la saeta,
como el que con su lengua, violenta.

Permíteme disponer de tu amor:
para untármelo como la crema más fina,
para sorberlo como niño con su caldo,
para cantarlo en una tarde divina,
para algún día, aprender cómo usarlo.

Inunda con tu amor:
mis pasos y descachos,
mis ojos desgastados,
mis secos labios,
mis sesos no volados.

Usa, dispón e inunda.

Tengo el instinto de incitar
conforme me acerco a la arena;
que no puedo con fuego atacar,
pues su brillo me acecha.

Temo no poder sonsacar
el asco de la sal en sus aguas,
que sembró un inmóvil animal;
en mi aún viven sus púas.

El mar reflejó un rostro
que recordaba, pero poco surgía;
tuve que sacar a flote un miedo,
que latente dormía.

La diminuez de mi alta figura
atiborrada ante sus olas;

ejercía control la inmensa luna,
me refugié en sus fosas;

erutaba su ardiente espuma,
mientras mi sombra

se borraba.

El corazón es un músculo,
que retraído y minúsculo,
busca atomizarse, inhóspito;

y no hay creatina que propenda
su fortaleza y crecimiento;
ni proteína que posponga
su flacidez y envejecimiento.

Intenté entrenarlo,
recoger sus tendones;
intenté agrandarlo,
nutrir con pasiones;
intenté someterlo,
castigar sus razones;
intenté prenderlo,
rociar con dolores;

nada funcionó.

Mi corazón nunca vomitó
el alimento que yo forcé;
como bóvido, lento rumió
y amargo, tomó el poder.

¿Qué te puedo dar,
corazón de hielo?
Si calor hoy emana
solo del filtro viejo
que antes limpiaba,
pero ya no tengo.

Me adentro a la cueva,
pues veo como se encoje
la pequeña huella
que en mi dejaste:

hermana, madre, padre.

En lo más profundo
oigo el invierno rugir,
las placas chocando,
la ventisca sumergir
mis oídos en su canto;

luego un fuego surgir,
como el joven llanto;
traté, en mi soledad huir,
pero cesó aquel sonido
y escuché una voz decir:

“¿Qué haces aquí?
Andrés, ¿son estos tus pastos?”

Con tan solo seis años,
aprendí que había muérganos
en los caminos aledaños
que rodeaban mis tuétanos.

Colisionaban emoción y razón,
dando validez a las voces,
que avivaban una cierta noción
adherida a mis tendones.

Noción que me incorporaba,
erguía y silenciaba,
en pos de la oscura sonata
que yo enunciaba.

Tanto me odiaba,
que la grasa me arrancaba:
ayunos anunciaba
y docenas de horas tragaba.

Comía por compulsión
y me abstenía por agresión,
quería destruir la aversión
en mi repetida oración.

Soñaba con la versión
que atraería su atención,
o detendría el tono burlón
de su parca conversación.

Si es cierto, nunca los detuve,
permití ser perro de sobras,
me acomodé a la imagen
que su recuerdo de mí cobra.

Intenté emborracharlo,
¡cuanto no anhelé vomitarlo!,
pero su sucio encanto
me impedía desecharlo.

Sólo la luz me dio vista;
la suficiente para darle vida
a la fuente que suministra
en mí la valentía

para renunciar.

Amar es también aceptar
que hay partes de mí
que no puedo cambiar;
amar es también vivir
en ausencia de felicidad;
aprender que morir
es acercarme a la bondad.

Amar es olvidar,
aún ante no suplir
el deseo de gritar;
amar es convivir
con mi voluntad,
pero evitar asumir
su limitada verdad.

Perder es amar,
despedir es amar,
sufrir es amar,
reconocer es amar.

Tanto he creído en el amor,
que parece aún no pudiera
darle sentido al cruel dolor
que recibí, aún en inocencia.

El amor es verdad,
el fin por excelencia;
pero cubierto el mal,
cambia su esencia;

pues no hay verdad
en la soberbia,
ni tampoco en odiar
lo que reflejan

las aguas del espejo,
que no esconden;
que revelan una versión
parcial del presente;
que capturan, en vivo,
las fluctuaciones
que deja el río eterno.

Tanto pospuse la cita
con mi mayor miedo,
que olvidé qué temía
de aquel encuentro;
hoy, ante mis estrías,
por fin comprendo
que no hay líneas
que tracen mi cuerpo.

Soy obra de artesano,
sangre de campesino,
bello templo sagrado,
en ruinas construido;
con callosas manos
y en mentiras, erigido;
hiladas con dulce intención,
procurándome protegido
ante el cruel rumor
que me había creído.

Soy mis errores,
soy mi egoísmo,
soy pretensiones,
soy mis prejuicios.

Ser, precaria alegoría;
anhelo poder crecer
y llegar a su medida;
ser, aspiración divina,
pues solo creo poder
llegar con su compañía.

Saca a luz lo escondido
e ilumina mi camino,
saca a luz lo ya asumido
y disputa tú conmigo.

Destruýelo todo,
pues lo que he levantado,
falaz ha nacido
y amerita ser enterrado.

Acalla tu llanto,
dulce niño,
apaga tu canto.

Diáfano,
como agua cristalina.

Diáfano,
como vibrante luz de mediodía.

Diáfano,
como semilla que aún no germina.

Diáfano,
como el legato de una intensa sinfonía.

Diáfano,
como el que lento escala y aún no culmina.

Diáfano,
como el que late, en pos de la luz ahogada, pero aún prístina.

Diáfano,
como el que baja la cabeza.

Diáfano,
como el que solo no se sustenta.

Diáfano,
como el que aún sin aceptarse, se respeta.

Diáfano,
como el que entiende su debilidad como pureza.

Diáfano,
como el fervor, del cruel silencio, de aquel que se repliega.